

El *nosotros* eclesiológico en Joseph Ratzinger

The Ecclesiological *We* in Joseph Ratzinger

Miguel Ángel Núñez Aguilera

Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

Sevilla, España

xtospes@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-2242-7270>

Resumen: La reflexión teológica sobre la Iglesia es transversal en la obra ratzingeriana. En ella, la Iglesia destaca por su entidad teológica específica y la proporción universal de comunión que presenta a partir del cuerpo único de Cristo. La forma *nosotros*, con la que Joseph Ratzinger se refiere a la Iglesia, expresa justamente esta unidad de integración de la humanidad en Cristo, a partir de su cuerpo, que no se corresponde con la mera suma de sus miembros, sino con una realidad nueva: el uno comunional antro-po-teológico (Iglesia), sujeto propio en la historia.

Palabras clave: Ratzinger, nosotros-Iglesia, eclesiológica.

Abstract: Theological reflection on the Church is transversal in Ratzinger's work. In his view, the Church stands out for its specific theological entity and the universal proportion of communion that it presents from the unique body of Christ. The form *we*, with which Joseph Ratzinger refers to the Church, expresses precisely this unity of integration of all humanity in Christ, based on his body, which does not correspond to the mere sum of its members, but rather a new reality: the antro-po-theological communal one (Church), proper subject in history.

Keywords: Ratzinger, We-Church, ecclesiology.

Joseph Ratzinger se refiere con frecuencia al *nosotros* Iglesia o habla directamente de ella bajo el pronombre *nosotros*, del que hace casi una noción. En el juego yo-tu-nosotros que le ofrece la filosofía dialógica, de la cual es conocedor,¹ Ratzinger toma la construcción *nosotros* para expresar la unidad de integración, nueva y original, que surge por la comunión del yo (los

¹ Atestiguado por el autor en Joseph RATZINGER, *Mi vida*, Madrid, Encuentro, 1997, 88-89.

muchos de la entera humanidad) con el tú de Cristo, a través de su cuerpo, que hace de ellos una única realidad comunal antropo-teológica en la historia: la Iglesia.

La concepción de la Iglesia como *nosotros* viene de lejos en el teólogo alemán. Se remonta a sus años de seminario, cuando entra en contacto con el Movimiento Juvenil Católico, cuyo lema era *Wir sind Kirche* (Nosotros somos Iglesia). Contundente, aquel slogan recogía el emergente sentimiento eclesial de los fieles católicos tras la II Guerra Mundial, a la zaga de Romano Guardini.² A este *nosotros* de afirmación eclesial dedicó Ratzinger uno de sus primeros escritos: “Origen y naturaleza de la Iglesia”, de 1956.³ Sin embargo, la deriva socio-reivindicativa de aquel lema en el contexto del inmediato posconcilio, que reducía el *Nosotros somos Iglesia* al grupo, hará que nuestro autor tome una postura abiertamente crítica hacia el hecho:

Que la unidad abarcante de la Iglesia no solo se haya perdido en el sentido espacial sino también temporal, y que la visión del propio grupo cuente más que las experiencias espirituales fundamentales de la Iglesia a través de los siglos, no representa ningún signo de apertura, sino, por el contrario, el proceso del encerramiento de los diferentes grupos en lo propio, unos contra otros. La fórmula “nosotros somos Iglesia”, acuñada en tiempos del movimiento juvenil alemán, adquiere un sentido curiosamente sectario: el radio de ese “nosotros”

² Guardini ubicó la Iglesia en el centro de la vida cristiana con su afirmación: “Ein religiöser Vorgang von unabsehbaren Tragweite hat eingesetzt: die Kirche erwacht in den Seelen (Un proceso religioso de incalculable importancia ha comenzado: la Iglesia despierta en las almas)”: Romano GUARDINI, *Vom Sinn der Kirche*, Mainz, Matthias Grünewald, 1922, 1. Ratzinger cita a menudo aquellas palabras, cf. Joseph RATZINGER, “Origen y naturaleza de la Iglesia”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 105; ID., “¿Por qué sigo en la Iglesia?”, en *Obras Completas*, vol. VIII/2, Madrid, BAC, 2020, 1141; ID., “La eclesiología del Vaticano II”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 238-239. Incluso como Papa: BENEDICTO XVI, “Despedida a los cardenales” (28.02.2013); ID., “La Chiesa e lo scandalo degli abusi sessuali”, en *Che cos'è il cristianesimo*, Milano, Mondadori, 2023, 157.

³ Cf. RATZINGER, “Origen y naturaleza de la Iglesia”, 105. Existe otro artículo con idéntico título, publicado en 1990, que incorpora reflexiones del primero, aunque sin llegar a ser una reelaboración, cf. ID., “Origen y naturaleza de la Iglesia”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 182-202.

abarca a menudo solo al pequeño grupo de camaradas que, insistiendo en la convicción que comparten, reivindican una suerte de infalibilidad que no tolera norma alguna de parte del conjunto.⁴

La perversión, a ojos de Ratzinger, del sentido originario del lema llevará a nuestro autor a repensar la verdad eclesiológica que en él se contenía. La clave para una justa intelección de la verdad teológica que representa *Wir sind Kirche* (Nosotros somos Iglesia) radica para Ratzinger en la consideración que se haga del *nosotros*, de su naturaleza y de su dinamismo interno. Dicha afirmación “solo es verdadera si se la comprende dentro del nosotros de la comunidad de todos los fieles, no solo de hoy, sino a través de todos los siglos, y si en ese nosotros está inserto el yo de Cristo, que es el que nos reúne como un «nosotros»”.⁵ Cuando el *nosotros* Iglesia queda constreñido al colectivo, que lo define según sus propios criterios de grupo, el *nosotros* queda truncado en su verdad, pues este deja de ser comunal para tornarse excluyente.⁶ La Iglesia deja de ser

⁴ Joseph RATZINGER, *La situación de la Iglesia hoy*, en *Obras Completas*, vol. VII/1, Madrid, BAC, 2013, 541. De la huella que pudo dejar una experiencia negativa del *Wir sind Kirche* es testigo la alusión recurrente al lema en su obra: Joseph RATZINGER, “El obispo es un portador de Cristo”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 241; ID., *Sal de la tierra*, Madrid, Palabra, 1997, 297; ID., “Democratización en la Iglesia”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 162. Días antes de su renuncia efectiva a la Sede de Pedro, volverá a evocar la insuficiencia eclesiológica del *Wir sind Kirche* cuando se restringe al grupo: “Nosotros somos la Iglesia, la Iglesia no es una estructura; nosotros mismos los cristianos, juntos, somos todos el cuerpo vivo de la Iglesia. Y, naturalmente, esto es válido en el sentido de que nosotros, el verdadero «nosotros» de los creyentes, junto al «yo» de Cristo, es la Iglesia; cada uno de nosotros, no «un nosotros», un grupo que se declara Iglesia. No: este «nosotros somos Iglesia» exige precisamente mi inserción en el gran «nosotros» de los creyentes de todos los tiempos y lugares”: BENEDICTO XVI, “Ad curiones clericosque Dioecesis Romanae” (14.02.2013), AAS 105 (2013) 283-294, 288.

⁵ RATZINGER, *La situación de la Iglesia hoy*, 541. Durante su consagración episcopal, Joseph Ratzinger invoca el *Nosotros somos Iglesia* para redefinirlo en apertura máxima en un *Todos somos Iglesia*, cf. RATZINGER, “El obispo es un portador de Cristo”, 241.

⁶ El resultado de esta dinámica —evoca intencionalmente Ratzinger— es la Iglesia nacional Nazi, cf. Joseph RATZINGER, “Beato Ruperto Mayer”,

nosotros universal inclusivo para ser patrimonio de un colectivo. Mas la paradoja —señala Ratzinger— es que, con ello, la misma Iglesia se desvanece. La quiebra de la comunión que expresa el *nosotros* lleva a la extinción de la Iglesia.⁷

Nadie puede decir: “Yo soy la Iglesia”; pero todos y cada uno podemos y debemos decir: *nosotros* somos Iglesia. Y este “nosotros” no es un grupo que se aísla, sino que se mantiene en el interior de la comunidad entera de todos los miembros de Cristo, vivos y difuntos. Entonces, siendo esto así, un grupo puede decir de verdad: “Nosotros somos la Iglesia”. La Iglesia está aquí, en este “nosotros” abierto, que franquea fronteras (sociales y políticas, pero también las fronteras entre el cielo y la tierra).⁸

Ratzinger resitúa de este modo el *Nosotros somos Iglesia* en un *nosotros* eclesiológico único y total radicado en Cristo, en quien nace, por la inserción de los yoes individuales en él, y en quien vive. Liberado de su sentido sociológico restrictivo, el *nosotros* Iglesia expresa ahora la comunión sincrónica y diacrónica de la totalidad de los creyentes que viven unidos entre sí con Cristo por medio de su cuerpo. La Iglesia es por definición *nosotros* en Cristo, juntamente con él.

Para llegar a este punto de reflexión en torno al *nosotros* de la Iglesia, Joseph Ratzinger hizo un largo camino. De hecho, no estamos ante una consideración puntual, sino que ella forma parte de una reflexión teológica más extensa del *nosotros* con diversos desarrollos en su obra: El *nosotros* originario que se corresponde con el misterio de comunión que constituye la Trinidad; el *nosotros* antropológico que describe la estructura relacional de la persona humana; y un *nosotros* específicamente eclesiológico, nacido de la realización plena de la comunión humana en la comunión divina, dentro del cual cabría situar el *nosotros* litúrgico-sacramental que lo realiza. No obstante, no estamos ante tres discursos distintos de la forma *nosotros*, sino ante un desarrollo unitario del principio de comunión que significa y constituye la Trinidad, origen del *nosotros* antropológico

en *De la mano de Cristo*, Barañaín, Eunsa, 2005, 115.

⁷ Cf. RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, 223.

⁸ Joseph RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 223.

y fuente del *nosotros* eclesiológico, a través del cual Dios realiza en la historia la vocación de comunión del hombre conforme a la imagen y semejanza con el misterio de comunión trinitario del cual salió.

1. LA COMUNIÓN TRINITARIA, TIPO Y FUNDAMENTO DE LA FORMA NOSOTROS

Dios, tal como este se ofrece en el Credo (trinidad de personas), supone para Joseph Ratzinger la constatación de que “Dios mismo es un «nosotros»”;⁹ el *nosotros* originario y originante de toda comunión. El propio Símbolo de la fe atestigua que Dios “no es un solitario pensamiento que se piensa a sí mismo; no es un Yo absoluto y cerrado a toda comunicación, sino que es unidad en relación trinitaria del yo-tú-nosotros”.¹⁰ La unidad relacional trinitaria, en la mutua y plena concurrencia de personas que comporta, constituye para Ratzinger el origen fundante de la realidad de comunión que la forma *nosotros* designa.

La unidad radical que presenta Dios en su misterio trinitario, donde la alteridad de personas no causa división sino que es su ingrediente constitutivo, hace patente para Ratzinger el ser-amor de Dios (cf. 1 Jn 4,8), así como la verdad unitiva del amor que es Dios; pues el amor requiere de suyo al otro en cuanto otro. Dios uno-trino, en tanto ser-amor, afirma la alteridad en la unidad y realiza la unidad en la alteridad. El misterio

⁹ JOSEPH RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 626.

¹⁰ RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 626-267. Rezuma aquí, aunque Ratzinger lo invoque solo tangencialmente, la singular aportación de Heribert Mühler sobre la Trinidad en clave dialógico-personalista, cf. Heribert MÜHLER, *Der Heilige Geist als Person. In der Trinität, bei der Inkarnation und im Gnadenbund: Ich-Du-Wir*, Münster, Aschendorff, 1963; Id., *Una Mystica Persona. Die Kirche als das Mysterium der heilsgeschichtlichen Identität des Heiligen Geistes in Christus und den Christen: Eine Person in vielen Personen*, München, Ferdinand Schöningh, 1968. Nos remitimos aquí al interesantísimo estudio de Alessandro CLEMENZIA, “Sulle tracce di un’ontologia del «noi». Il contributo di Heribert Mühlen”, *Isidorianum* 28/56 (2019) 187-218: <https://doi.org/10.46543/ISID.1928.2006>.

trinitario presenta así identidad y alteridad en referencialidad admirable. La alteridad intratrinitaria no quiebra la unidad de su ser, sino que la realiza; su unidad no anula la alteridad de cada una de las divinas personas, sino que la requiere.¹¹ Que Dios sea amor, afirma Ratzinger, quiere decir justamente esto: “que él es yo y tú, que él es un dar-se [*Sich-Geben*] y donar-se [*Sich-Schenken*] como respuesta. Y eso quiere decir que el «yo» y el «tú» no permanecen separados frente a frente, sino que en el amor se une profundamente”.¹² En su seno acontece una comunicación total del Padre (siendo-para), del Hijo (siendo-desde), y del Espíritu Santo (siendo-con).¹³ Escribe Ratzinger:

ser trino y uno no implican contradicción, sino que es algo que se deriva de la esencia del amor. Donde hay amor, hay alteridad y hay unión. No es algo que resulte contradictorio, sino consecuencia del hecho de que Dios es amor y de que el amor es la realidad originaria, lo divino. Dios es Padre e Hijo, pero como Espíritu es la unidad, es el amor, que no destruye los elementos contrapuestos, pero que tampoco los deja subsistir separados, sino que los constituye en profundísima unidad.¹⁴

Semejante unidad, donde la alteridad es afirmada sin merma de ser uno y, a su vez, su ser uno no conlleva anulación de la alteridad, es lo que se significa y realiza en la forma comunional *nosotros*, según Ratzinger. El misterio trinitario constituye de este modo el principio teológico del *nosotros* ratzingeriano, su tipo y fundamento, que “como estructura divina del ser, anticipa todo *nosotros* en el mundo”.¹⁵ Toda forma *nosotros*, por la mutua donación yo-tú generante de una realidad comunional no anulante sino realizadora, es portadora del principio de unidad trinitaria y reflejo suyo en el mundo. En otras palabras,

¹¹ Cf. Joseph RATZINGER, “El Espíritu Santo y la Iglesia”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 475.

¹² Joseph RATZINGER, “Eucaristía y Pentecostés como origen”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 522. Al respecto, cf. Claudio BERTERO, *Persona e comunione: la prospettiva di Joseph Ratzinger*, Città del Vaticano, Lateran University Press, 2014, 333-397.

¹³ Cf. Joseph RATZINGER, “La libertad y la verdad”, en *Fe, verdad y tolerancia*, Salamanca, Sígueme, 1995, 214.

¹⁴ RATZINGER, “Eucaristía y Pentecostés como origen”, 522-523.

¹⁵ RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 627.

todo *nosotros* en este mundo se halla constitutivamente ordenado según el *nosotros* trinitario, respecto del cual es remisivo y hacia el cual se encuentra íntimamente abierto.

Desde esta dinámica relacional constitutiva que rige el *nosotros* de la Trinidad en sus movimientos de mutua entrega, Ratzinger concibe y desarrolla su singular antropología comunitaria de base *nosotros*. El ser-para del Padre, ser-desde del Hijo y ser-con del Espíritu Santo, que acontecen en el *nosotros* de Dios, son proyectados ahora sobre el existente humano que halla las posiciones del ser desde-para-con en sí.¹⁶ Dichas posiciones del ser (desde-para-con) conforman para Ratzinger la estructura fundamental de la persona humana. Así, desde el instante de su concepción, generado en la co-donación y constituido incluso biológicamente como co-humanidad en el seno materno,¹⁷ el existente humano supone un ser-desde, configurante de su existir, un ser-para la donación, donde se juega su realización, y un ser-con otros, como dinámica propia del existir.¹⁸

A diferencia del yo cartesiano auto-remitido al acto puro de conciencia, la antropología ratzingeriana de base trinitaria contempla un yo esencialmente relacional que tiene por eje la donación de sí y como meta la comunión, pues “el hombre presupone de manera absoluta el ser-para de los demás”.¹⁹ De tal modo que la realización del ser humano se juega siempre en relación a un tú y las acciones de mutua entrega que de ello se siguen, conformantes del *nosotros* como forma adecuada de existencia.²⁰ Esta salida del yo hacia el tú, que alcanza en el

¹⁶ Cf. Joseph RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, en *Obras Completas*, vol. IV, Madrid, BAC, 2018, 206; Id., “La libertad y la verdad”, 214.

¹⁷ Cf. RATZINGER, “La libertad y la verdad”, 212.

¹⁸ “Cuando se dice del hombre que es imagen de Dios, significa que el hombre es un ser constitutivamente relacional, que a través de todas sus relaciones y en ellas, busca la relación que es el fundamento de su existencia”: Joseph RATZINGER, “La nueva Alianza”, en *Obras completas*, vol. VIII/2, Madrid, BAC, 2020, 1091. De la estructura relacional del hombre y la realización de la comunión por el amor, cf. Ramón PIÑERO MARINO, “El amor como relación”, *Cauriensia* 2 (2007) 305-342.

¹⁹ RATZINGER, “La libertad y la verdad”, 213.

²⁰ “Aunque la fe cristiana ha puesto de relieve la significación infinita del individuo que está llamado a la vida eterna, el yo aparece, sin embargo,

nosotros su forma de comunión, no supone la disolución de la identidad personal del individuo sino su realización, porque somos en la medida que nos damos.²¹ Dicho de otro modo, solo en la donación del yo al tú que se cumple en el *nosotros*, el hombre alcanza su realización personal. Esto significa para Ratzinger que la comunión es la forma propia de lo humano, de la cual proviene y a la cual tiende:

Tenemos que tener bien claro que no hay ningún hombre encerrado en sí mismo, que nadie puede vivir solo por sí y para sí mismo. No recibimos nuestra vida sólo en el momento del nacimiento, sino desde fuera, de otro, que no soy yo, y a quien, sin embargo le pertenecemos. El hombre no tiene su yo sólo en sí mismo, sino también fuera de sí mismo. Vive en aquellos a quien ama; en aquellos de los que vive y para los que está ahí. El hombre es relación y sólo en la forma de esta relación tiene su vida y su propio yo. Yo solo no soy yo, sino únicamente en el tú, y para el tú soy yo-mismo. Ser cabalmente hombre significa estar en la relación de amor.²²

La disposición estructural humana del yo al tú, constituyente del *nosotros*, muestra desde su interior la verdad comunional originaria de la naturaleza humana, donde se deja sentir el misterio de comunión trinitario: “en esta plena transferencia del yo al tú y en la mutua concurrencia de yo y tú, que de esto se sigue, se trasluce el misterio trinitario, que es al mismo tiempo modelo de nuestra existencia”.²³ El *nosotros* humano halla de este modo dentro de sí la impronta de la comunión divina,

inserto por todas partes en un «nosotros» general, del que vive y para el que vive”: Joseph RATZINGER, “Implicaciones pastorales de la doctrina sobre la colegialidad”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 219.

²¹ “El nosotros no entraña la disolución del yo y el tú, sino su confirmación y fortalecimiento en el sentido de plenitud definitiva”: RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 628. Late aquí el axioma antropológico ratzingeriano, tomado del teólogo romántico John Adam Möhler, “salir de sí, para encontrarse”: Joseph RATZINGER, “La cuestión del sentido del ministerio sacerdotal”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 337. Al respecto, cf. Andrea BELLANDI, *Fede cristiana, come stare e comprendere: la giustificazione dei fondamenti della fede in Joseph Ratzinger*, Roma, PUG, 1993, 128-131.

²² Joseph RATZINGER, *En el principio creó Dios*, Valencia, Edicep, 2008, 93-94.

²³ Joseph RATZINGER, “La esencia del sacerdocio”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 8.

de la cual es reflejo en el mundo y hacia la cual se dirige.²⁴ La forma *nosotros* se hace así reveladora a un tiempo del misterio de Dios y del hombre.

2. NOSOTROS, FORMA ESPECÍFICA DE LA COMUNICACIÓN DIOS-HUMANIDAD

Si el misterio de Dios es *nosotros* y el ser humano tiende al *nosotros*, porque es constitutivamente relacional, esto significa para Joseph Ratzinger que el encuentro entre Dios y el hombre vendrá dado según la dinámica de comunión que rige la forma *nosotros*. Diríamos que, de algún modo, el misterio de comunión de personas, que es Dios, lo reclama y la naturaleza comunal humana lo demanda. El *nosotros* aparece así como la forma específica del acontecer de Dios en la vida de los hombres y el camino de los hombres hacia Dios. Escribe Ratzinger:

El hombre logra tratar con Dios cuando trata con los demás hombres, sus hermanos. La fe se ordena por esencia al tú y al nosotros; solo a base de esta doble condición une al hombre con Dios. Demos la vuelta a la frase: la estructura íntima de la fe no separa la relación con Dios de la cohumanidad. La relación con Dios, con el tú y con el nosotros, se entrelazan, no se yuxtaponen.²⁵

Desde esta perspectiva, Ratzinger contempla la comunicación de Dios al hombre como un acontecimiento de comunión entre el yo divino que se ofrece en su Palabra (*Wort*) y el tú humano que la acoge (*Antwort*), dando consigo el *nosotros* antro-po-teológico pueblo de Dios (cf. Éx 19,5-6).²⁶ Mediante esta visión de la revelación, el *nosotros* relacional pueblo de Dios queda inscrito dentro del mismo acto de la comunicación

²⁴ "Cualquier semejanza con Dios se encuentra siempre referida, por principio, a este «nosotros» divino": RATZINGER, "El primado del Papa y la unidad", 627.

²⁵ RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 69.

²⁶ "La fe cristiana está convencida de que la revelación se nos entrega en la figura de vida de un «nosotros»": Joseph RATZINGER, "La misión del obispo y del teólogo", en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 264. Sobre la concepción ratzingeriana de revelación, cf. Tracey ROWLAND, *La fe de Ratzinger*, Granada, Nuevoinicio, 2009, 95-154.

divina, de la cual es depositaria al tiempo que testigo viviente en la historia. Este *nosotros* pueblo de Dios es el lugar natural de la Sagrada Escritura, pues ella nace en su interior a partir del devenir relacional de Dios con ellos, la custodia a lo largo del tiempo y la mantiene viva con su proclamación constante, permitiendo así que la Palabra divina resuene en la historia.²⁷ La revelación deja de este modo, tras de sí, un *nosotros* relacional entre Dios y los hombres vivo en la historia, en cuyo seno Dios se hace presente por medio de su Palabra.

Esta relación de Dios con su pueblo alcanza su cenit con la encarnación de la Palabra misma que viene a los suyos (cf. Heb 1,1-2; Jn 1,11.14; Lc 1,68.78). Ahora bien, en buena lógica con la dinámica relacional que marca la revelación para Ratzinger, la plenitud de la comunicación divina al hombre debe comportar consigo la comunión plena entre Dios y los hombres, pues la donación plena de Dios en Cristo requiere una acogida igualmente plena de los hombres a Cristo, hacerse uno con él. Ratzinger contempla este momento al amparo de la Última Cena, donde Jesucristo se entrega a sus Apóstoles por completo. Al comer su carne y beber su sangre, Cristo se adentra en ellos y los hace uno con él por el mismo proceso que del comer y del beber se deriva. “El hecho exterior del comer —escribe nuestro autor— se hace expresión de la compenetración

²⁷ “La Biblia es expresión e instrumento de aquella comunión en la que el «yo» divino y el «tú» humano se tocan en el «nosotros» de la Iglesia fundada por Cristo”: Joseph RATZINGER, “Trasmisión de la fe y fuentes de la fe”, *ScrTh* 15 (1983) 9-29, 22. “La Escritura es, en definitiva, obra de un único autor que tiene un aspecto humano y otro divino: procede del único sujeto histórico que es el pueblo de Dios, el cual en ninguna de las vicisitudes de su historia perdió, pese a todo, su identidad interior consigo mismo. Donde no habla incidental ni superficialmente, sino desde el centro de su identidad, habla de su historia, y lo hace por etapas, pero no obstante como uno y el mismo. Con ello nos encontramos junto al aspecto divino del todo: esa identidad íntima descansa sobre la guía del único Espíritu. Donde el núcleo de dicha identidad se hace notar, ya no habla simplemente un hombre, un pueblo: allí habla Dios con palabras humanas, el único Espíritu que es el poder íntimo y permanente que conduce a ese pueblo a través de su historia”: Joseph RATZINGER, “El signo de la mujer”, en Joseph RATZINGER – Hans Urs VON BALTHASAR, *María, Iglesia Naciente*, Madrid, Encuentro, 2006, 28-29.

de dos sujetos”.²⁸ El resultado de esta donación del yo de Cristo al tú del hombre es la constitución de un *nosotros*, porque los individuos no se disuelven al hacerse uno con él, sino que se redimensionan en comunión con Dios y los otros.²⁹

En relación directa con el evento comunional de la Última Cena, la entrega irrevocable de Cristo en la cruz —según concibe Ratzinger— rubrica la verdad de aquel darse y la comunión real de los hombres entre sí con Dios que con aquella donación se establecía; pues, Cristo, con la ofrenda de sí en la cruz, ha derribado los muros de toda división humana y abierto a todos el camino hacia Dios (cf. Ef 2,14-18).³⁰ Su cuerpo extendido sobre el madero es principio de reintegración de la humanidad a su unidad originaria y, simultáneamente, espacio de comunión con Dios, según prometió: “Cuando yo sea elevado atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). La cristología revela aquí, opina Ratzinger, su verdadera proporción antro-po-cósmica, que va más allá de la cancelación individual del pecado. En esta composición teológica, nuestro teólogo se apoya en el pensamiento bíblico-patristico del pecado original como ruptura del *humanum* y la redención como reintegración del mismo, que concibe a partir del cuerpo de Cristo.³¹ Cenáculo y Calvario se comunican de este modo entre sí por el acontecimiento único de comunión de la humanidad consigo y con Dios que expresan al tiempo que realizan.

²⁸ Joseph RATZINGER, “Origen y naturaleza de la Iglesia”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 197. “Como en la alimentación puede el cuerpo asimilar una sustancia extraña y así vivir, también mi yo es «asimilado» al mismo Jesús, hecho semejante a él en un intercambio que rompe cada vez más la línea de separación. Es lo que ocurre a los que comulgan; todos son asimilados a este «pan», haciéndose así mutuamente una sola cosa, *un solo cuerpo*”: *Ibidem*.

²⁹ “Todos comen de un Señor, dentro del cual se fusionan mediante esa comida: el cuerpo del Señor, que es centro de la comida del Señor, es el nuevo templo único, que aúna a los cristianos de todos los lugares y tiempos con una unidad mucho más real de lo que pudiera hacerlo un templo de piedra”: RATZINGER, “Origen y naturaleza de la Iglesia”, 109.

³⁰ Cristo extendido en cruz representa “el hombre totalmente abierto en quien desaparecen los límites”: RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 206.

³¹ Ratzinger, en este punto, bebe de Henri DE LUBAC, *Catolicismo, Aspectos sociales del dogma*, Barcelona, Estela, 1963, 25-28.

Esta unidad de los hombres entre sí con Dios, a través del cuerpo de Cristo, realiza los anhelos más profundos de comunión del corazón humano.³² El *nosotros* antropológico al que incesantemente aspira el hombre se ve cumplido en Cristo, por medio de la inserción universal de los yoes en él, a través de su cuerpo. La comunión plena del hombre con Dios se ve igualmente satisfecha al venir estos a formar parte del cuerpo mismo de Cristo por la recepción de su carne y sangre. Dicho de otro modo, en Cristo, el hombre alcanza-realiza el *nosotros* total de la humanidad entera entre sí y con Dios. En esta correspondencia entre la obra de la redención y el cumplimiento de los anhelos más profundos de comunión del ser humano, el cristianismo muestra su autenticidad. De donde concluye Ratzinger, ser cristiano significa exactamente ser *nosotros*.³³ El cristianismo es el *nosotros* que realiza al hombre en su verdad.

3. EL NOSOTROS ECLESIOLOGICO

Este *nosotros* único y original de íntima comunión de los hombres entre sí con Dios, que nace del dar-se redentor de Jesucristo, no es para Joseph Ratzinger otra cosa más que la Iglesia. Ella es unidad antro-po-teológica tangible en la historia de la comunión intangible de los hombres entre sí con Dios por medio del cuerpo de Cristo, del cual nace y en el cual vive, donde la humanidad redimida del pecado cumple plenamente sus anhelos de unidad que están en su origen: Dios, comunión de personas.³⁴ La clave de esta composición, compleja por la comunicación de planos e interconexión de campos, es el concepto cuerpo de Cristo.³⁵ A partir de él, Ratzinger conecta entre

³² Cf. RATZINGER, "El primado del Papa y la unidad", 626.

³³ Cf. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 209-216.

³⁴ Cf. RATZINGER, "El Espíritu Santo y la Iglesia", 479. Al respecto: Pablo BLANCO, "La teología de la persona en Joseph Ratzinger", en Juan Fernando SELLÉS (ed.), *Propuestas antropológicas del siglo XX*, Pamplona, Eunsa, 2007, 353-382.

³⁵ Sobre la comprensión del concepto paulino cuerpo de Cristo en Ratzinger: Theodor DIETER, "Joseph Ratzinger", in Paul AVIS (ed.), *The Oxford Handbook of Ecclesiology*, Oxford, Oxford University Press, 2018, 449-457; Dominique WAYMEL, *Joseph Ratzinger et l'Église*, Paris, DDB, 2014, 113-132.

sí cristología, antropología y eclesiología con el misterio trinitario. Veamos su construcción.

Este *nosotros* eclesiológico, donde se cumple el *nosotros* antropológico en comunicación con el *nosotros* trinitario, se encuentra radicado en Cristo. Él es, a un tiempo, principio constituyente del *nosotros* Iglesia, porque semejante unidad de comunión viene dada a partir de su entrega (Última Cena y Calvario); su elemento ingrediente, porque él es el factor sumando de dicha unidad; y el espacio de su realización, porque el *nosotros* Iglesia que Cristo realiza con la humanidad, a través de su carne, es su cuerpo.³⁶ De forma sintética, podríamos decir: la Iglesia es *nosotros* por Cristo, *nosotros* con Cristo, *nosotros* en Cristo. El resultado de esta composición absolutamente cristológica de la Iglesia, que Ratzinger hace a partir del cuerpo de Cristo, es la correlación: “Cristo vive en el «nosotros» de su Iglesia, y solo en este gran «nosotros» de los hijos de Dios podemos estar con él”.³⁷

Este *nosotros* antropto-teológico Iglesia al que ha dado lugar Cristo, a través de su cuerpo, cumple plenamente lo humano al recomponer su unidad originaria a imagen y semejanza de Dios, misterio de comunión de personas. La concentración humana que presenta este *nosotros* Iglesia es total, porque incluye dentro de sí a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. La unión del hombre con Dios, que en el *nosotros* Iglesia se establece, supera todo pacto antes conocido para alcanzar la intimidad misma de Dios. Ambas líneas de comunión no son independientes entre sí, ni se yuxtaponen, sino que Ratzinger las concibe realizadas conjunta y simultáneamente a partir de Cristo, quien une a los hombres entre sí en él, por medio del comer su carne y beber su sangre, y, con él, a Dios, pues son en su cuerpo. Si este *nosotros* Iglesia cumple plenamente lo humano, la Iglesia ya no es un ente extraño al hombre. Al

³⁶ “Cristo solo está en el *nosotros*, pues él está en su cuerpo, es decir, en la comunidad de quienes se han convertido en su organismo y en sus órganos. Él no está en el yo privatizado, sino solo en la forma-nosotros, en la forma comunitaria, que se expresa en la confesión común de la fe”: RATZINGER, “Eucaristía y Pentecostés como origen”, 524.

³⁷ JOSEPH RATZINGER, “Llevar a Cristo a los hombres”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 775.

contrario, ella “es, en cierto sentido, la cosa misma: la co-humana comunidad”,³⁸ la realización misma del anhelo *nosotros* que late en el corazón humano de acuerdo al *nosotros* trinitario, cuya imagen y semejanza porta, siendo por tanto, a su vez, reflejo suyo en el mundo y principio de comunión para la humanidad.³⁹ La Iglesia muestra aquí la verdad íntima de su ser y la razón de su existir como principio de reintegración de la humanidad a su unidad originaria en la historia, germen de la nueva humanidad redimida de su fractura y reconciliada con Dios, signo e instrumento de comunión entre los hombres y Dios.

Por su mismo dinamismo constitutivo (el encuentro del yo humano —la multitud de individuos— con el tú de Cristo, que no deriva en disolución de ninguno, sino en comunión), la Iglesia es para Ratzinger verdadera realidad *nosotros*; la expresión más auténtica del *nosotros* en la historia, porque realiza la reintegración total de la humanidad consigo y con Dios. A través de ella, conforme a su dinamismo constitutivo, Dios rescata al hombre de su aislamiento y, dentro de ella por acción sacramental, lo abre a la comunión horizontal con los otros y vertical con Dios. El yo deviene así, en el *nosotros* Iglesia, un yo abierto, comunicante e integrante de los otros (hombres) en el Otro (Dios). Subraya Ratzinger: “la Iglesia se realiza en cada uno de los hombres como paso de la autosuficiencia de su propio «yo» a la unidad de los miembros del Cuerpo de Cristo”.⁴⁰ En este movimiento, que Dios opera y sostiene, el yo personal no es anulado en el *nosotros* Iglesia, sino afirmado por el tú de Cristo que lo acoge y redimensiona en comunión. Ser Iglesia para Ratzinger supone justamente vivir este proceso que hace del yo un *nosotros* comunal total, afirmativo de la persona.

³⁸ RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 74.

³⁹ “Si se quiere superar la alienación del ser humano, si él debe reencontrar su identidad, es imprescindible que él reencontre la Iglesia, que no es una institución hostil al hombre, sino ese nuevo «nosotros» en el que el «yo» puede obtener por fin su fundamento y su permanencia”: Joseph RATZINGER, “La imagen del mundo y del hombre”, en *Obras Completas*, vol. XI, Madrid, BAC, 2012, 400.

⁴⁰ Joseph RATZINGER, “El concepto de Iglesia en el pensamiento patrístico”, en *Obras Completas*, vol. I, Madrid, BAC, 2014, 594.

Por último, nuestro teólogo se sirve de la figura *nosotros* para manifestar el doble costado de la Iglesia. Por una parte el misterio de comunión de la humanidad entre sí con Dios que ella es y, por otra, su concreción visible en el espacio-tiempo por una realidad tangible comunitaria donde cada fiel cuenta.⁴¹

3.1. Del yo al *nosotros* Iglesia por la confesión de fe

A la pregunta ¿dónde surge el *nosotros* Iglesia?, Joseph Ratzinger responde: en Cesarea de Filipo, con la confesión de fe de Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente” (Mt 16,16). Nuestro autor alcanza esta posición gracias al juego que establece entre la afirmación cristológica de Pedro y la palabra performativa de Jesús sobre él: “tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18).⁴² Al confesar a Cristo, Pedro introduce en la historia el yo de la fe que otros muchos vendrán a compartir junto a él, siendo el mismo y único yo. La Iglesia emerge aquí (en Pedro), de la cual él mismo resulta piedra por su confesión.⁴³

La Iglesia comienza cuando Jesús es reconocido y confesado, con el reconocimiento y la confesión de Jesús. En el instante, y precisamente en ese instante, en que penetra en el corazón, en el entendimiento y en la voluntad de unos hombres hay Iglesia, pues esta consiste en que Jesús esté con nosotros y nosotros con él.⁴⁴

⁴¹ “Este carácter comunitario de la Iglesia comprende necesariamente su carácter «nosotros»: la Iglesia no es algo que no se sabe dónde está; nosotros mismos somos la Iglesia. [...] Nosotros somos la Iglesia: esto incrementa el sentido de corresponsabilidad, pero también la posibilidad de colaborar en primera persona”: RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, 223.

⁴² “Ahora es cuando puede entregar a Pedro el poder de las llaves sobre esta casa viva, que queda así captada en su nacimiento”: JOSEPH RATZINGER, “El centro íntimo de la vida sacerdotal”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 735.

⁴³ “Pedro se convierte en piedra de la Iglesia en cuanto portador del Credo, de su fe en Dios, la cual es concretamente fe en Cristo como Hijo y, por ello mismo, fe en el Padre y fe trinitaria, que solo el Espíritu de Dios puede transmitir”: RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 630-631.

⁴⁴ RATZINGER, “El centro íntimo de la vida sacerdotal”, 735.

La interpretación de Mt 16,13-20 que ofrece Ratzinger es sugerente, pero no original. Paul Tillich, Henri de Lubac o Hans Urs von Balthasar, antes que él, ya habían situado el nacimiento de la Iglesia en esta perícopa a partir de la confesión de fe de Pedro, que hace de él piedra primera de la Iglesia edificada por Cristo.⁴⁵ Lo novedoso en Ratzinger es la irrupción de la Iglesia en las palabras mismas de Pedro, por la relación que establece entre el yo de la fe que emerge en sus labios y el *nosotros* de los creyentes al que da lugar consigo. Al confesar a Cristo, los creyentes de todo tiempo y lugar quedan unidos entre sí a Pedro en un yo único: el “yo creo” del Símbolo, que hace de todos un único y mismo *nosotros*.⁴⁶ Esta lectura del texto, por lo demás, permite a nuestro autor concebir el ministerio petrino como servicio a la fe dentro del *nosotros* que el yo del Símbolo comporta.⁴⁷

Si el *nosotros* Iglesia da comienzo con la confesión de fe de Pedro, la confesión de fe entonces causa la inserción del fiel en el *nosotros* Iglesia al cual nace en existencia comunal. En efecto, para nuestro teólogo, la confesión de fe en Jesucristo, que ubica al individuo en el yo del Símbolo, lleva al creyente a la comunión con todos los hombres y mujeres de cualquier tiempo y

⁴⁵ Cf. Paul TILlich, *Systematic Theology*, vol. II, Chicago, University Chicago Press, 1957, 97; Henri de LUBAC, *La fe cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1988, 199-200; Hans Urs von BALTHASAR, “¿Quién es la Iglesia?”, en *Id.*, *Ensayos teológicos*, vol. II, Madrid, Cristiandad, 2001, 162.

⁴⁶ “El «nosotros» de la Iglesia comienza con el nombre de aquel que fue el primero en abrazar, nominalmente y como persona, la confesión de Cristo: «Tu eres el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16)”: RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 630.

⁴⁷ “Cuando habla el Papa, él no habla en nombre propio. En aquel momento, en última instancia, no cuentan las teorías o las opiniones privadas que él ha elaborado en el curso de su vida, cuánto alto pueda ser su nivel intelectual. El Papa no habla individualmente como un hombre docto, con su yo privado o, por así decir, como un solista sobre la escena de la historia espiritual de la humanidad. Él habla desde el «nosotros» de la fe de toda la Iglesia, detrás del cual tiene el deber de desaparecer”: Joseph RATZINGER, “L’unità di missione e persona”, en *Id.*, *Giovanni Paolo II. Il mio amato predecessore*, Cinicello Balsano, San Paolo, 2007, 11-32, 13.

lugar que confiesen a Cristo en un *nosotros* único.⁴⁸ En él, como verdadero *nosotros* que es, la confesión personal de cada fiel no es anulada sino acogida y redimensionada en el acto absoluto de fe que el Símbolo constituye, del cual el fiel participa plenamente en su yo-*nosotros*. Tal como Ratzinger observa, partiendo de la fórmula africana del Símbolo, el “*nosotros creemos*” no suprime el “yo creo” del individuo, sino que lo abre a la comunión confesante de todos los tiempos.⁴⁹

Porque la fe es entrada al *nosotros* creyente y confesante de todos los tiempos, del cual se participa, la fe es para Ratzinger un acontecimiento relacional por definición. En efecto, la fe — cristianamente considerada — nunca es el resultado de un acto de autoconciencia, donde el sujeto alcanza certeza sobre Dios. Al contrario, supone a Pedro, y con él al *nosotros* creyente de todos los tiempos, de quien se recibe la fe y hacia el cual la misma fe conduce. Tal como evidencia la estructura dialogada del Credo en sus fórmulas bautismales, la fe es “el resultado de un diálogo, expresión de la audición, de la recepción y de la respuesta que, mediante el intercambio del yo y el tú, lleva al hombre al «*nosotros*» de quienes creen lo mismo”.⁵⁰ Ratzinger se refiere precisamente a ellas para poner de manifiesto tres elementos: la confesión de fe como camino del yo al *nosotros* de la Iglesia; el carácter donado de la fe; y el sujeto Iglesia que antecede al individuo.

a) *La confesión de fe como camino al nosotros*. Dado que el acto de fe es adhesión a Cristo en quien la persona se une a todos cuantos igualmente lo confiesen, “comenzar a creer significa salir del aislamiento y entrar en el *nosotros* de los hijos de Dios”.⁵¹ Para Ratzinger, la iniciación cristiana como proceso de fe tiene por objeto justamente esta misión: conducir a la persona (yo) a Cristo (tú), en quien alcanza comunión *nosotros*.⁵²

⁴⁸ Cf. Joseph RATZINGER, “A qué llamamos creer”, en Id., *Evangelio, catequesis, catecismo*, Valencia, Edicep, 1996, 22-23.

⁴⁹ Cf. Joseph RATZINGER, “La cuestión de la historicidad de los dogmas”, en Id., *Teología e historia*, Salamanca, Sígueme, 1972, 82.

⁵⁰ RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 66.

⁵¹ RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 626.

⁵² Cf. Joseph RATZINGER, “Iglesia universal e Iglesia particular”, en *Obras Completas*, vol. VIII/1, Madrid, BAC, 2015, 493.

Este proceso supone para Ratzinger un verdadero éxodo. La persona debe salir de sus confines, despojarse de su autosuficiencia “por la reciprocidad del yo y del tú, en el *nosotros* de los creyentes”,⁵³ para entrar en Cristo y, en él, existir en comunión. Se trata de una conversión en términos absolutos porque va más allá del cambio de conducta; busca la transformación existencial.⁵⁴

Llegados al bautismo, por la participación sacramental de la persona en el acontecimiento pascual de Cristo, el yo vive su paso de la antigua existencia cerrada sobre sí al hombre nuevo de la comunión. El carácter unitivo de la fe se ve cumplido en la acción sacramental del bautismo, que introduce al individuo en Cristo, donde se encuentra con todos los demás igualmente creyentes.⁵⁵ Su yo, en Cristo, es abierto vertical y horizontalmente en comunión con Dios y con los otros.⁵⁶ La filiación con Dios y la fraternidad con los hombres marcan ahora su existencia.⁵⁷ La conversión a Cristo muestra aquí su carácter humanizador, pues abre la vida a los otros. Crea comunión.⁵⁸ El *nosotros* creyente (la Iglesia) no constituye por

⁵³ RATZINGER, “La cuestión de la historicidad de los dogmas”, 82.

⁵⁴ Cf. Joseph RATZINGER, “El obispo: propagador y custodio de la fe”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 310.

⁵⁵ “Ser bautizado significa tomar el nombre de Cristo, significa ser hijo con él y en él. [...] Y como hijos debemos reconocer que pertenecemos de tal modo a Cristo que nos tengamos como una carne, «un cuerpo» con todos sus hermanos. El bautismo significa, pues, que renunciamos a nuestro yo separado, independiente, y que nos reencontramos en un nuevo yo”: RATZINGER, “Bautismo, fe y pertenencia a la Iglesia”, 460. Al respecto: Pablo BLANCO, “La teología de Joseph Ratzinger”, *Revista Catalana de Teología* 36 (2011) 257-281, 266.

⁵⁶ Cf. Joseph RATZINGER, “Bautismo, fe y pertenencia a la Iglesia”, en *Obras Completas*, vol. IV, Madrid, BAC, 2018, 458-460.

⁵⁷ “No rezamos diciendo «Padre mío», sino «Padre nuestro»; no decimos «dame mi pan cada día», sino «nuestro pan de cada día»; no decimos «líbrame de toda maldad y de todos los males», sino «líbranos”: RATZINGER, “Llevar a Cristo a los hombres”, 774-775.

⁵⁸ “La conversión es, ante todo, un acto personalísimo, es personalización. Yo me separo de la fórmula «vivir como todos» (no me siento más justificado por el hecho que todos hacen cuanto hago yo) y encuentro delante de Dios mi propio yo, mi responsabilidad personal. Pero la verdadera personalización es siempre también una nueva y más profunda socialización. El yo se abre de nuevo al tú, en toda su profundidad, de

tanto algo externo a la fe, de lo cual se pudiera prescindir, sino que es ingrediente necesario, ámbito natural de su realización y, al fin, su misma obra.⁵⁹

b) *Carácter donado de la fe*. La fe, escribe Ratzinger, nunca es “una conquista nuestra personal, sino que la recibimos siempre de fuera”.⁶⁰ Tal como recoge el Catecismo de 1992, nadie se da la fe a sí mismo sino que se participa del yo creo de la Iglesia (cf. CIC 166). Ella es el sujeto *nosotros* del yo del Símbolo, su depositaria y transmisora, “solo desde la cual puede recibirse aquella fe. Por eso es pregunta y respuesta, llamada y aceptación de lo ofrecido”.⁶¹

La fe que expresa el yo del Símbolo, al cual se ajusta el *nosotros* Iglesia, no es la resultante de un consenso, sino la participación en la confesión de fe de Pedro que responde al misterio de Cristo y, por tanto, fe recibida. En este sentido, afirma Ratzinger, la transmisión de la fe responde a la dinámica del don y su aceptación conlleva “esencialmente una co-fe [*mit-Glauben*] junto con la Iglesia como nuevo gran yo mayor [*neuen größeren Ich*]”.⁶² De este modo, la fe conducente al *nosotros* confesante “rompe la auto-absolutización de cada uno de los presentes; y el abrirse a la fe de todos los tiempos libra de la ilusión ideológica”.⁶³ La profesión de fe de la Iglesia es así principio normativo de la fe de los individuos, con la cual ellos deben contrastarse.⁶⁴ Solo desde este *nosotros*

esta manera nace un nuevo nosotros. Si el estilo de vida extendido en el mundo implica el peligro de la des-personalización, del vivir no mi propia vida, sino la vida de todos los demás, en la conversión debe realizarse un nuevo nosotros del camino común con Dios”: Joseph RATZINGER, “La nueva evangelización”, en *Obras Completas*, vol. VIII/2, Madrid, BAC, 2020, 1208.

⁵⁹ “La Iglesia no es una institución que se añade a la fe desde el exterior creando un marco organizativo para las actividades conjuntas de los creyentes, sino que ella pertenece al mismo acto de fe”: RATZINGER, “A qué llamamos creer”, 23.

⁶⁰ RATZINGER, “Iglesia universal e Iglesia particular”, 493.

⁶¹ RATZINGER, “Bautismo, fe y pertenencia a la Iglesia”, 461-462.

⁶² Joseph RATZINGER, “Lutero y la unidad de las iglesias”, en *Obras Completas*, vol. VIII/2, Madrid, BAC, 2020, 144.

⁶³ RATZINGER, “Iglesia universal e Iglesia particular”, 500.

⁶⁴ “No es nuestra fe privada la que mide a la Iglesia, sino que es la palabra común de la Iglesia la que mide nuestra fe, si se ha convertido

de la fe es posible, para Ratzinger, superar los particularismos, vivir la diversidad como don del Espíritu Santo y caminar en comunión.⁶⁵

Si quiero ser Iglesia, si mi grupo quiere ser Iglesia, esto solo puede darse trascendiendo las fronteras de nuestras opiniones y uniéndonos a ese gran sujeto de la fe, introduciéndonos en él en la fe, dejándonos despojar de nuestras propias fronteras para entrar en su interior a fin de ser una manera nueva “yo” a partir de él.⁶⁶

c) *La Iglesia sujeto antecedente*. La estructura dialogal de las fórmulas de fe bautismal, advierte Ratzinger, muestra la precedencia del *nosotros* Iglesia sobre quien se acerca al bautismo. Hay un otro, anterior a mí, que me precede: la Iglesia, donde los creyentes de todos los tiempos y lugares se abrazan entre sí en un *nosotros*, verdadero sujeto del yo único del Credo, donde soy acogido y en el cual ahora vivo.⁶⁷ Observa Ratzinger:

El yo de las fórmulas del credo es un yo colectivo, el yo de la Iglesia creyente al que pertenecen todos los “yo” particulares en cuanto creyentes. El yo del credo abarca, pues, también el paso del yo privado al yo eclesial. En consecuencia, en la forma de sujeto el credo presupone ya estructuralmente el yo de la Iglesia. Este yo solo llega a expresarse en la *communio* eclesial.⁶⁸

verdaderamente en la fe del nosotros en la fuerza unificadora del Espíritu Santo”: RATZINGER, “Eucaristía y Pentecostés como origen”, 525.

⁶⁵ “Cuando nuestra fe procede del nosotros común de la Iglesia entonces se pone de manifiesto que hay muchas moradas, muchas formas de encontrar nuestro sitio en la fe”: RATZINGER, “Eucaristía y Pentecostés como origen”, 525.

⁶⁶ RATZINGER, *La situación de la Iglesia hoy*, 541.

⁶⁷ “El «yo» del «yo creo» no es aquel mi yo viejo cerrado en sí mismo, sino el yo del «anima ecclesiastica», el yo del hombre en el que se expresa toda la comunidad de la Iglesia en la que él vive, que en él vive y de la que él vive”: RATZINGER, “Lutero y la unidad de las iglesias”, 144.

⁶⁸ Joseph RATZINGER, “¿Qué es hoy constitutivo para la fe cristiana?”, en *Id.*, *Teoría de los principios teológicos*, Barcelona, Herder, 1985, 124.

3.2. El nosotros Iglesia en la liturgia

Del *nosotros* que es la Iglesia por definición, Joseph Ratzinger deriva una concepción relacional del culto. Así, la liturgia cristiana no está marcada por la reverencialidad del hombre ante lo sobrecogedor divino, sino que tiene por finalidad la comunicación Dios-hombre, poner en contacto ambos sujetos, operar la comunión entre ellos.⁶⁹ Al respecto, estima el teólogo, la propia liturgia es elocuente en sus textos y acciones.⁷⁰ Desde su invocación inicial a las tres divinas personas que, a su presencia, unen a los fieles entre sí con ellos, la liturgia cristiana es realidad comunitaria. En este punto, la escala de Jacob, que comunica el cielo y la tierra, queda tendida. Gracias al *nosotros* antropológico que la liturgia causa, Dios se dirige al hombre en la Palabra por ellos proclamada y actúa en ellos a través del sacramento que allí se ejecuta. Todo en ella está ordenado a la comunión, siendo la comunión efectiva su obra, por la recepción del cuerpo y sangre del Hijo de Dios. Con ello, opina Ratzinger, la liturgia cristiana muestra su dimensión salvífica, pues ella realiza en sí la deseada unificación de la humanidad y su plenificación en la comunión con Dios.

Al amparo de *Sacrosanctum Concilium* 7, donde la liturgia se presenta ejercicio del sacerdocio de Cristo, en el cual participa la Iglesia por ser su cuerpo, Ratzinger concibe la liturgia bajo

⁶⁹ “La liturgia no tiene el sentido de colmar nuestros temores con el sentimiento de lo sagrado, sino el de confrontarnos con la espada cortante de la palabra de Dios; no tiene el sentido de proporcionarnos un hermoso espacio para el recogimiento y la reflexión en silencio, sino el de ensambarnos en el «nosotros» de los hijos de Dios”: JOSEPH RATZINGER, “El catolicismo después del Concilio”, en *Obras Completas*, vol. VII/2, Madrid, BAC, 2016, 952. Al respecto, cf. Juan José SILVESTRE VALOR, “Joseph Ratzinger e la liturgia”, en Giulio MASPERO – John LYNCH (eds.), *Storia e mistero. Una chiave di accesso alla teologia di Joseph Ratzinger*, Roma, ESC, 2016, 297-315.

⁷⁰ “La liturgia está construida, puramente desde su estructura lingüística, en un movimiento recíproco del «yo» y el «vosotros», que se funde siempre en el común «nosotros» de toda la Iglesia, que por Cristo accede al rostro de Dios. En una liturgia así configurada, la lengua no tiene el sentido de ocultar, sino de revelar; [...] de conducir al único «nosotros» de los hijos de Dios”: RATZINGER, “El catolicismo después del Concilio”, 950-951.

la figura *nosotros*. Propiamente el sujeto es uno, Cristo; aunque su constitución (cabeza y miembros) responde a un *nosotros*: la unidad de comunión que Cristo produce, en sí, entre él y la multitud de todo tiempo y lugar incorporados al cuerpo. A cada paso, los mismos textos litúrgicos, señala Ratzinger, evidencian este singular sujeto; pues, “casi todas las oraciones que el sacerdote, como boca de Cristo, dirige al tú del Padre, son oraciones en primera persona plural, «nosotros», e implica así a los demás, a la comunidad”.⁷¹ Tras la estructura dialogal del prefacio, encaminada a constituir el *nosotros* de la asamblea en Cristo, la Iglesia se dirige a Dios Padre, haciendo valer a su Hijo y su obra redentora, cuya memoria presenta en la anámnesis. Esto es posible, para Ratzinger, solo por la unión *nosotros* con Cristo por el Espíritu Santo que nos permite la “anámnesis del nuevo «nosotros», del que participamos mediante la incorporación a Cristo (un solo cuerpo, o sea, un único yo con él)”.⁷² En el tramo final de la plegaria, *memento y comunicantes*, la liturgia eucarística muestra con singular elocuencia la amplitud total del *nosotros* Iglesia que en unión con Cristo se dirige al Padre. Escribe Ratzinger: “Los santos, los fieles difuntos y los vivos forman en común el gran nosotros del cuerpo de Cristo, el portador de esta celebración sagrada”.⁷³ Ante un sujeto así constituido, la conclusión para nuestro autor es clara: sin la conciencia y la voluntad del *nosotros* —entendido ahora como *communio sanctorum*— en la comunidad congregada para la celebración, la liturgia pierde su sujeto y queda reducida a rito.⁷⁴

Al centro de esta obra está la comunión eucarística. Ella, al sumergirnos en Cristo, realiza aquella comunicación real de existencias que Ratzinger concibe desde la confidencia de san Pablo a los Gálatas, “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20). La comunión efectiva de los fieles con Cristo, que se produce por la recepción de su cuerpo, cumple cuanto la liturgia expresa: “se forma un nuevo yo mayor que

⁷¹ Joseph RATZINGER, “Ideas fundamentales de la renovación”, en *Obras Completas*, vol. VII/1, Madrid, BAC, 2013, 8-9.

⁷² Joseph RATZINGER, “Conciencia y verdad”, en *Obras Completas*, vol. IV, Madrid, BAC, 2018, 670.

⁷³ RATZINGER, “Ideas fundamentales de la renovación”, 9.

⁷⁴ Cf. RATZINGER, “El catolicismo después del Concilio”, 951-952.

se llama el cuerpo del Señor, la Iglesia. La Iglesia se construye en la eucaristía; sí, la Iglesia es eucaristía. Comulgar quiere decir llegar a ser Iglesia porque significa llegar a ser un solo cuerpo con él”.⁷⁵ Por la comunión real que se obra en la eucaristía, ella “impulsa hacia la unidad, hacia la superación de la ruptura entre Dios y el hombre, entre el yo y el tú en el nuevo nosotros de la comunión de los santos”.⁷⁶

Todos nosotros “comemos” *al mismo*, no solamente lo mismo; así, todos nosotros somos arrancados de nuestra individualidad cerrada y somos introducidos en otra más grande. Todos somos asimilados a Cristo y así, por medio de la comunión con Cristo, estamos recíprocamente identificados unos con otros, somos idénticos y una sola cosa en él, miembros unos de otros. En consecuencia, comulgar con Cristo es esencialmente comulgar también con el otro. Ya no estamos uno al lado del otro, cada uno individualmente separado del otro, sino que ahora cada uno de los otros que comulga es para mí, por decirlo de alguna manera, “hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gén 2,23).⁷⁷

La comunión *nosotros* de la humanidad con Dios, que se obra en Cristo (la Iglesia), no es disolución. A través de la responsabilidad, Ratzinger indica el modo específico en que se obra la unión de los creyentes en Cristo: una relación unitiva entre los esposos, inclusiva de la alteridad, que construye una realidad mayor, donde la persona no es anulada sino afirmada en Cristo.⁷⁸ Ni Cristo se disuelve en cuantos entran a formar parte de su cuerpo, ni ellos devienen impostación de Cristo. En efecto, por la comunión eucarística, Cristo se adentra en la persona, vinculándola a sí al punto de formar una sola realidad; pero

⁷⁵ Joseph RATZINGER, “Eucaristía y misión”, en *Obras Completas*, vol. XI, Madrid, BAC, 2012, 303.

⁷⁶ Joseph RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, en *Obras Completas*, vol. XI, Madrid, BAC, 2012, 50.

⁷⁷ Joseph RATZINGER, “Eucaristía, comunión y solidaridad”, en *Obras Completas*, vol. XI, Madrid, BAC, 2012, 323.

⁷⁸ “Este ser-un-cuerpo hay ciertamente que interpretarlo en el sentido que tiene ser uno para el hombre y la mujer: una sola carne, sin embargo, dos; dos y, sin embargo, una. La diferencia no es anulada, pero sí asumida en una unidad mayor”: RATZINGER, “Eucaristía y misión”, 303.

ella tiene índole *nosotros* porque ninguno viene anulado, sino que constituyen una unidad de comunión:

La comunidad eucarística de la Iglesia no es ningún colectivo en el que se alcanza una comunión bajando hasta un mínimo común denominador, sino que se constituye como tal comunidad porque nos mantenemos por completo tal como somos. No supone la disolución del yo, la colectivización, sino que se forma porque nos abrimos a ella manteniendo todo nuestro yo y entrando a formar parte de esa nueva comunidad del Señor. Solamente así surge algo distinto de una mera colectividad; solamente así crece realmente una enriquecedora reciprocidad que alcanza las raíces, el centro y la altura de la persona humana.⁷⁹

La eucaristía, que es misterio de comunión, no concluye sin invocar la responsabilidad de todos en ella. Por eso, hace notar Ratzinger, en el instante previo a la comunión, la liturgia pasa del *nosotros* al yo, donde el fiel cristiano aparece en primera persona y, como tal, asume su responsabilidad de realizarse en la vida conforme al misterio de comunión del que participa. La comunión eucarística se descubre así fuente del *ethos* cristiano que inquiere la responsabilidad personal en la construcción del *nosotros* de la nueva humanidad en Cristo; Pues el propio sacramento “tiene en sí mismo una dinámica que aspira a la transformación de la humanidad y del mundo en un cielo nuevo y una tierra nueva, en la unidad con el cuerpo resucitado de Cristo”.⁸⁰ La comunión reenvía a la comunión. El *nosotros* Iglesia muestra aquí su vocación hacia la entera humanidad y su apertura integradora que busca el todos de la humanidad unida a Dios.

3.3. La forma *nosotros* como estructura eclesial

Dado que la comunión trinitaria es tipo de la Iglesia, Ratzinger propugna que todo en ella (conformación, estructura, realizaciones...) debe ajustarse a dicha forma de unidad comunitaria. Esto es: “al *nosotros* de Dios debe corresponder la vida

⁷⁹ Joseph RATZINGER, *La eucaristía, centro de la Iglesia*, en *Obras Completas*, vol. XI, Madrid, BAC, 2012, 256.

⁸⁰ RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 50.

de la Iglesia según el modelo *nosotros*".⁸¹ La Iglesia una en multitud de Iglesias particulares, la integración del tiempo en una y misma Iglesia, así como su estructura, que comporta el ministerio ordenado, son resueltas por el teólogo bajo la forma de comunión *nosotros* que ahora actúa a modo de paradigma.

Para Ratzinger, la Iglesia una en multitud de Iglesias particulares debe entenderse justamente desde el ser *nosotros* que es la Iglesia y la mutua comunicación de las partes entre sí con el todo que dicha unidad establece. La Iglesia bajo la comprensión *nosotros* le permite a nuestro teólogo afirmar su unicidad, al tiempo que reconocer en sí la pluralidad, sin que ello suponga la quiebra de la unidad, ni la anulación de las partes.⁸² Para resolver la compleja relación entre unidad y pluralidad, Ratzinger apela al concepto *περιχώρησις*, del que hace una aplicación eclesiológica. La Iglesia una-universal sin merma de las Iglesias particulares, y viceversa, acontece por la comunión interna de cada iglesia particular con el todo y entre sí.⁸³ De hecho, Ratzinger reivindica la *περιχώρησις* como el modo propio de relación en el *nosotros* Iglesia, donde la pluralidad eclesial vive en unidad sin merma de su diversidad por la fuerza integradora del Espíritu Santo.⁸⁴

Al amparo de la unidad de comunión *nosotros* que presenta el misterio de Dios, Ratzinger hace también una comprensión comunional de la estructura de la Iglesia a través de círculos concéntricos, interconectados entre sí, que vertebran el *nosotros* único Iglesia. Así, el pueblo de Dios es el *nosotros* total donde se vive la filiación de los hijos en el Hijo y se realiza la fraternidad

⁸¹ RATZINGER, "El primado del Papa y la unidad", 627.

⁸² "La Iglesia siempre es reconocible por el signo con que se manifestó en su nacimiento en Pentecostés: Entonces, ya en su primer instante, se pudo conocer al pueblo de Dios en el hecho de que habla todas las lenguas. Es la superación de las divisiones que separan a los hombres unos de otros. Es la unión que concilia la diversidad y conjunta desde Cristo mediante la fuerza del Espíritu Santo": RATZINGER, "Llevar a Cristo a los hombres", 775.

⁸³ "La unidad de la Iglesia estriba en la *περιχώρησις* de las «iglesias»": RATZINGER, "Implicaciones pastorales de la doctrina sobre la colegialidad", 220.

⁸⁴ Cf. RATZINGER, "Eucaristía y Pentecostés como origen", 525.

entre hermanos. Dentro de él y a su servicio, Ratzinger sitúa el ministerio sacerdotal que igualmente presenta forma *nosotros*: el episcopado, que reviste tipo colegial, y el presbiterado, que vincula al ministro con el obispo diocesano y lo inserta en su presbiterio:

No se es presbítero a solas, sino en el presbiterio de un obispo. Y, a su vez, no se es obispo a solas, sino dentro del colegio episcopal que encuentra su punto de unión en el obispo de Roma. Y, en fin, tampoco se es cristiano a solas, sino como miembro de una *ecclesia* concreta que encuentra su unión en el presbítero responsable. Los tres colegios con que nos encontramos —comunidad, presbiterado, y episcopado— están enlazados entre sí y cada uno de ellos relacionado especialmente por ambos lados hacia los otros.⁸⁵

La forma colegial que presenta el ministerio episcopal, heredero a su vez de otra figura colegial en los Apóstoles, es para Ratzinger la constatación de que el episcopado “se da, por su misma esencia, siempre en plural, en un «nosotros». El carácter comunitario, el estar ligados entre sí, el tener consideración unos con otros, el obrar en colaboración, pertenece a la estructura esencial del ministerio”.⁸⁶ Justo por este motivo, la responsabilidad pastoral de un obispo sobre la diócesis a su cuidado no se agota en ella sino que, desde ella y a través de ella, se extiende a la entera Iglesia según la forma *nosotros* de la solitud pastoral.⁸⁷

Que el episcopado se presente bajo la forma *nosotros* es para nuestro autor fruto de la comunión primera Iglesia, de la cual nace, condición natural de la comunión Iglesia, en la cual vive, y exigencia propia del servicio a la comunión, a la cual

⁸⁵ Joseph RATZINGER, “¿Democratización en la Iglesia?”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 155-156.

⁸⁶ RATZINGER, “Implicaciones pastorales de la doctrina sobre la colegialidad”, 219.

⁸⁷ Ratzinger comenta bellamente esta circunstancia a partir de la pesca milagrosa: “el estar en una sola barca con los demás pescadores, el trabajar en el «nosotros» de la mutua dependencia y solicitud”: Joseph RATZINGER, “¿Cómo debería ser hoy un obispo?”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 285.

se dirige.⁸⁸ En definitiva, escribe Ratzinger, “existe la colegialidad de los obispos, porque existe la fraternidad de la Iglesia, y la colegialidad de los obispos solamente cumple su sentido cuando está al servicio de esa fraternidad y cuando se realiza ella misma en fraternidad”.⁸⁹ Si se quiere, podríamos decir, la unidad *nosotros* Iglesia cuenta para su cuidado, desde su origen fundante en la comunión trinitaria, con una estructura igualmente *nosotros*. El episcopado aparece así, dentro del *nosotros* Iglesia, anclado al misterio trinitario como cuidado de Dios a su pueblo.⁹⁰

A partir de la noción *nosotros*, bajo la cual Ratzinger concibe el ministerio episcopal, los conceptos sucesión apostólica y colegialidad episcopal aparecen de forma natural con un desarrollo teológico compacto. Esto es: “el hecho de ser sucesor enlaza con «estar con» en el «nosotros» de los que suceden”⁹¹ hasta los Apóstoles, donde encuentra su origen ya en un *nosotros*;⁹² y la colegialidad como esencia del ministerio ya que “entrar en el ministerio espiritual, al que está confiada la solicitud por el orden en la Iglesia de Dios, significa insertarse en un «nosotros» que prolonga como conjunto la herencia apostólica”.⁹³ Sucesión apostólica y colegialidad episcopal son para Ratzinger la plasmación conceptual específica del acontecer empírico del *nosotros* de los obispos de acuerdo a

⁸⁸ “Solo puede vivirse y realizarse en el estar juntos de aquellos que representan, simultáneamente, la unidad del nuevo pueblo de Dios”: RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, 231.

⁸⁹ RATZINGER, “Implicaciones pastorales de la doctrina sobre la colegialidad”, 220.

⁹⁰ “El nosotros-unidad de los cristianos —unidad fundada por Dios— se sostiene a su vez gracias a los que son personalmente responsables de la unidad”: RATZINGER, “El primado del Papa y la unidad”, 631. “Por una parte, la estructura plural de este ministerio está referida al misterio fundamental del Dios uno en el nosotros de las tres Personas, también está, por otra parte, ordenada al nosotros de toda la Iglesia y es una imagen de su fraternidad”: RATZINGER, “Implicaciones pastorales de la doctrina sobre la colegialidad”, 220.

⁹¹ RATZINGER, “Iglesia universal e Iglesia particular”, 498.

⁹² Cf. RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, 230.

⁹³ RATZINGER, “Implicaciones pastorales de la doctrina sobre la colegialidad”, 219.

la apostolicidad y catolicidad que comporta en raíz:⁹⁴ “el obispo no es obispo en solitario, sino que lo es únicamente en la comunión católica de aquellos que lo fueron antes que él y que lo serán después de él”.⁹⁵ El *nosotros* episcopal se descubre así en su totalidad sincrónica y diacrónica en la cual se realiza su ministerio.

Cuando hablamos del “nosotros” de los obispos hemos de añadir un nivel ulterior de consideración; este “nosotros” no ha de entenderse solo en sentido sincrónico, sino también en sentido diacrónico. Ello significa que en la Iglesia ninguna generación está aislada. En el cuerpo de Cristo no cuenta ya el límite de la muerte; en él, pasado, presente y futuro se compenetran. [...] Ser heraldo de esta mayoría diacrónica, de la voz de la Iglesia que unifica los tiempos, es uno de los grandes cometidos del obispo, que descende de aquel “nosotros” que caracteriza a su ministerio.⁹⁶

De modo semejante al episcopado, también “el sacerdocio es un ministerio que solo se puede desempeñar en la forma del «nosotros»”.⁹⁷ Según su propia condición, tal cual aparece definida por el sacramento del orden, señala Ratzinger: “Ser sacerdote implica un estar siempre el uno junto al otro, así como la subordinación a un obispo, la cual conlleva, al mismo tiempo, la pertenencia a la Iglesia universal”.⁹⁸ Es más, en su opinión, el sacerdote solo puede desempeñar en integridad su ministerio desde el *nosotros* que ancla al presbítero en un presbiterio con su obispo. En el presbítero, escribe Ratzinger, “va implícito ese *nosotros* de nuestro ministerio. Solo en la medida en que somos hermanos de Jesucristo, solo en la medida en que ingresamos en la gran comunidad de los llamados y que somos el *nosotros* del presbiterio de una diócesis, podemos desempeñar individualmente el ministerio en toda su integridad y para la totalidad”.⁹⁹

⁹⁴ Cf. RATZINGER, “Iglesia universal e Iglesia particular”, 499.

⁹⁵ RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, 230.

⁹⁶ RATZINGER, “Iglesia universal e Iglesia particular”, 499-500.

⁹⁷ Joseph RATZINGER, “En la medida que nos entregamos”, en *Obras Completas*, vol. XII, Madrid, BAC, 2014, 533.

⁹⁸ RATZINGER, “La eclesiología del Vaticano II”, 230.

⁹⁹ RATZINGER, “En la medida que nos entregamos”, 533-534.

4. CONCLUSIONES

Lo que pudo quedar en una decepción ante la deriva del lema *Wir sind Kirche* (Nosotros somos Iglesia), da lugar en Joseph Ratzinger a toda una reflexión eclesiológica: origen de la Iglesia, su constitución y su naturaleza, cómo se estructura internamente y qué dinamismo la rige. No es la única vez que el teólogo alemán se sirve de una experiencia para componer un discurso mayor; pero, en esta ocasión, termina conformando casi una imagen conceptual, el *nosotros Iglesia*, y aún más, haciendo del propio *nosotros* una noción. Al fondo de esta proeza del pensamiento está la persona del autor en su relación con el mundo y la vida, donde la realidad habla por sí y busca su verdad. Ratzinger primero reflexiona sobre el sentido correcto del lema *Wir sind Kirche*, luego se adentra en el ser mismo de la Iglesia como *nosotros*, y finalmente alcanza una comprensión global de la realidad al amparo del pronombre *nosotros* que adquiere grado de noción. Desde ella, los ámbitos de discurso se comunican y todas las dimensiones se ensamblan. El resultado es una reflexión donde filosofía y teología se abrazan en la verdad última que persiguen explicar: la comunión de los hombres entre sí con Dios, donde antropología, cristología, eclesiología y misterio de Dios se tocan entre sí de modo concordante.

A partir del *nosotros*, la comprensión teológica sobre la unidad humana y su relación con Dios no corre en paralelo a la reflexión filosófica sobre el hombre en sus anhelos de comunión y trascendencia, sino que dialogan entre sí. La correspondencia interna entre ambas esferas en base a la forma comunal *nosotros* le permite a Ratzinger articular de modo integrado el plano específicamente filosófico con el teológico, y establecer entre ellos una comunicación natural a través de la estructura de relación que significa la construcción *nosotros*. El deseo de fraternidad universal y comunión con Dios que el ser humano porta en sus entrañas, cumplido, es la Iglesia; y viceversa. Igualmente, el *nosotros* como clave permite a Ratzinger conectar de modo natural el misterio de Dios y su obra creadora, la humanidad, así como el plan trazado para su salvación que viene realizado en Cristo a través de su cuerpo: la Iglesia. El Dios comunión crea según comunión y salva en comunión. Trinidad, antropología, cristología, eclesiología, Sagradas Escrituras, liturgia, sacramentos... se despliegan en una misma lógica que les permite una integración discursiva absoluta.

A modo de síntesis, el *nosotros* eclesiológico en Joseph Ratzinger nos deja los siguientes elementos:

- 1) La construcción conceptual *nosotros* Iglesia expresa la singular unidad de comunión sincrónica y diacrónica de los hombres entre sí con Dios que surge de Cristo a través de su cuerpo. Ella es realidad comunional antropo-teológica una en la historia.
- 2) El *nosotros* Iglesia se halla radicado en Cristo, de quien nace a partir de su entrega redentora (Última Cena y Calvario), es porque se corresponde con su cuerpo, y vive porque sin él se desvanecería.
- 3) El acontecimiento de comunión total (reintegración de la humanidad a su unidad originaria y acceso a Dios), ya dado en Cristo, se realiza en el tiempo sacramentalmente en la liturgia. La liturgia entera obedece al *nosotros* del hombre con Dios, que él mismo causa, para obrar a través suya la unión de los fieles a sí y entre ellos.
- 4) El *nosotros* Iglesia tiene su fuente en el misterio de comunión *nosotros* que es la Trinidad, ella es su tipo normativo. Todo en ella debe ajustarse a formas de comunión. Este hecho visto a la inversa hace de la Iglesia icono de la comunión trinitaria, aunque imperfecto.
- 5) El *nosotros* Iglesia recoge dentro de sí las demandas relacionales del hombre y las satisface plenamente al cumplir sus anhelos de comunión universal humana y de comunión con Dios.

La monumental reflexión eclesiológica de Joseph Ratzinger no queda reducida a esta figura conceptual, obviamente. De hecho, en el conjunto de su obra, el *nosotros* Iglesia supone tan solo un elemento más (aunque relevante), a través del cual Ratzinger trata de presentar la realidad originalísima de comunión, horizontal y vertical, que es la Iglesia. Al *nosotros* Iglesia se deben sumar otras construcciones conceptuales como son la *totalidad* Iglesia, la Iglesia organismo viviente o el sujeto-Iglesia. Cada una de ellas merita un estudio.¹⁰⁰

¹⁰⁰ Algunos estudios específicos sobre estas figuras conceptuales: Jean-Malo DE BEAUFORT, *L'unique sujet Église selon Joseph Ratzinger*, Paris, Parole et silence, 2022; Miguel Ángel NÚÑEZ AGUILERA, *Único sujeto-Iglesia*, Roma, GBP, 2018, 303-374.